



tomó á sus mujeres, sus hijos, sus hijas y á todos los de su casa, con sus riquezas, su ganado y todo lo que podia poseer en la tierra de Canaan, se fué á otro país y se alejó de su hermano, porque eran tan ricos, que no podian habitar juntos á causa de sus numerosos ganados. Esaú, por sobrenombre Edom, habitó, pues, de nuevo en la montaña de Seir. El nombre de Seir era el de uno de los principes de los antiguos habitantes, llamado Horiens. Esaú pactó con ellos alianzas, pero sus descendientes se hicieron más tarde los únicos dueños. Entonces el sobrenombre de Esaú, Edom, vino á ser el nombre principal de todo el país; fué tambien dado al mar más próximo, que, llamándose desde luego en hebreo el mar de Suf ó del Junco, fué llamado despues mar de Edom, mar Idumeo, en griego mar Eritreo, en latin mar Rojo. Strabon, Plinio, Pomponio Mela y otros antiguos autores, cuentan que este mar no fué llamado así á causa de cierto color rojizo que en él se nota, sino de un gran rey llamado Eritreo, cuyos estados estaban situados á lo largo de sus costas (1). Ahora bien: Eritrus, significa en griego lo que Edom significa en las lenguas fenicia y hebrea, á saber: *rojo*; lo que indica evidentemente que este rey Eritreo

(1) Strabon, lib. XVI. Plinio, lib. VI, 23. P. Mela, lib. III, 8. Q. Curt. lib. VIII, IX, v lib. IX, 1. *Arrianer: indic.*

no era otro que Esaú ó Edom; habiendo este establecido su posteridad en aquella comarca, fué llamada el país de Edom, ó con la terminacion griega, el Idumeo y el mar que la bañaba, mar de Edom, y por el desprecio de los griegos, mar Eritreo ó mar Rojo, nombre que lleva aún. Sobre este mar habia dos puertos célebres, Elath y Asiongaber, por donde se hacia el comercio de la Fenicia y de la Arabia con la India. A los indios les era un camino fácil para conocer, no solamente los perfumes de la Arabia, sino una cosa más preciosa todavia, la sabiduria de los idumeos. Porque los descendientes de Esaú se distinguieron entre todos los orientales, no solamente por su valor guerrero, sino tambien por un gran renombre de sabiduria y de prudencia, de cuyo renombre no eran indignos, como veremos por uno de ellos, el patriarca Job.

Haciendo la genealogía de Esaú, de los once principes y de los reyes que de él procedieron, Moisés dice entre otras cosas: «Hé aquí los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes que tuvieran rey los hijos de Israel (1).» Sin embargo, Dios, segun hemos visto, habia prometido á Jacob que saldrian de él reyes. Pues bien, en tiempo de Moisés, esta promesa aún no se habia cumplido, mientras que los idumeos tenian ya su octavo rey.

(1) Gén., 36, 31.

CAPÍTULO IX

El Patriarca José

Once años antes de la muerte de su padre Isaac, cuando el corazon de Jacob sentia todavia la pérdida de su querida esposa, fué probado con una nueva afliccion, que le sumió en un duelo de veinte años. Su hijo José, el primogénito de su Raquel, era el consuelo de su vida, que sus hijos de más edad habian hecho amarga más de una vez. A la edad de diez y siete años, José apacentaba los ganados con algunos de sus hermanos; vióles cometer una accion detestable, y en vez de imitarles, advirtió su reprehensible conducta á su padre. Este le amaba más que á los otros hijos, no sólo por su virtud, sino porque le habia engendrado en su vejez. Le dió entre otras cosas una túnica de diferentes colores.

Viendo sus hermanos que su padre le amaba más que á todos los hijos, aborrecianle y no podian hablar pacificamente cosa alguna. Un incidente vino á aumentar más su encono; este fué un sueño que tuvo. «Escuchad, dijo á sus hermanos, el sueño que he visto: Parecíame que estábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavilla se levantaba y se tenia derecha, y que vuestras gavillas, que estaban al rededor, adoraban á mi gavilla.» Sobre lo cual le respondieron sus hermanos: «¿Serás por ventura nuestro rey? ¿ó estaremos sujetos á tu dominio?» Y á causa de sus sueños y pláticas, le odiaron todavia más. Vió tambien otro sueño, que les contó igualmente: «He visto en sueños como que el sol, la luna y once estrellas me adoraban.» Su padre, á quien le contó lo mismo que á sus hermanos, le riñó, diciéndole: «¿Qué quiere decir ese sueño que viste? ¿acaso yo, y tu madre, y tus hermanos te adoraremos sobre la tierra?» Y así sus hermanos le tenian

envidia; mas el padre consideraba silencioso el caso. La madre de que aquí se habla es Lia; Raquel no vivia ya.

Algun tiempo despues, Jacob envió á José del valle de Hebron hácia Sichem, en donde acostumbraban sus hermanos á apacentar sus ganados. Vagaba en medio del campo, cuando supo por un hombre que se habian dirigido hácia Dothain, en donde les encontró en efecto. «Aquí viene el soñador, se dijeron unos á otros viéndole de lejos. Venid, matémosle y echémosle en una cisterna vieja; diremos que una fiera muy mala le devoró, y entonces se verá qué le aprovecharán sus sueños. Mas Rubén oyendo esto le libró de sus manos, diciendo: «No le quiteis la vida, ni derrameis su sangre; arrojadle en esta cisterna que está en el desierto, y conservad inocentes vuestras manos.» Hablaba de esta suerte, para quitarle de sus manos y restituirle á su padre.

Cuando José llegó á sus hermanos, le despojaron de la túnica talar y de la de varios colores, y le echaron en una cisterna vieja que no tenia agua; despues se sentaron para comer. Mientras tanto, vieron pasar una caravana de mercaderes árabes, unos ismaelitas y otros madianitas; venian de Galaad con sus camellos, llevando aromas, resina y estacte para Egipto. Entonces Judá dijo á sus hermanos: «¿Qué nos servirá matar á nuestro hermano y ocultar su sangre? Más vale que le vendamos á los ismaelitas y que no se manchen nuestras manos, porque hermano y carne nuestra es.» Ellos se aquietaron á sus razones, sacaron á José de la cisterna, y le vendieron á los ismaelitas por veinte monedas de plata. Cuando Rubén volvió á la cisterna y no encontró al muchacho, rasgó



sus vestidos, y dirigiéndose á sus hermanos, fuera de sí, les dijo: «El muchacho no parece; ¿y yo adónde iré?»

Ellos, por su parte, tomaron la túnica de José, la tiñeron en la sangre de un cabrito que habian matado, la enviaron á su padre, diciéndole: «Esto hemos encontrado; ved si es ó no la túnica de vuestro hijo.» Él la reconoció, y exclamó: «Es la túnica de mi hijo; una bestia salvaje le ha devorado, una fiera ha comido á José.» Y rasgando sus vestidos, cubrióse de cilicios, llorando á su hijo mucho tiempo. Todos sus hijos é hijas se reunieron para consolarle; mas no quiso admitir sus consuelos, sino que exclamó: «Descenderé á mi hijo, llorando hasta el sepulcro (1).»

Mientras que se hallaba así, sumido en el mayor dolor, vino á aumentarle lo que pasaba en la familia de su cuarto hijo. Judá habia tomado una mujer cananea, de la cual tuvo tres hijos, Her, Onan y Sela. Cuando el primero tuvo edad, le dió por mujer á Tamar. Her era tan perverso, que Dios le quitó la vida. Pero era entonces costumbre entre los hebreos que el hermano tomase la viuda del hermano muerto sin posteridad. Judá hizo unir á Tamar á Onan, á fin de que suscitase hijos á su hermano. Mas Onan, viendo que los hijos que habian de nacer de su union no serian para él, impidió por una accion detestable que ella fuese madre. El Eterno igualmente le hizo morir. Judá dijo entonces á Tamar que esperase á que Sela, su tercer hijo, tuviese edad para el matrimonio. En el fondo, temia darle para no verle morir como sus dos hermanos. En este intervalo, él mismo vino á ser viudo. Tamar, despues de haber esperado largo tiempo, viendo que no se la cumplia la promesa, se disfrazó para tener un comercio criminal con su suegro, que no la reconoció. Cuando supo Judá que estaba en cinta, quiso condenarla al fuego por haber cometido la falta de fidelidad á su futuro esposo; pero al punto supo que él mismo era el autor, y se abstuvo de castigarla, y nunca más la conoció. Tamar dió á luz dos hijos, que fueron llamados Farés y Zara (2).

(1) Gén., 37.

(2) Gén., 38.

Causará quizá gran admiracion ver tales desórdenes en la familia de Jacob, y oír narrarlos á la Escritura con tan poco miramiento. Dios lo ha permitido para nuestro mayor bien. La exactitud con que Moisés cuenta lo que es ménos honroso para sus antepasados y para todo su pueblo, nos hace ver bien claramente de qué espíritu estaba animado al escribir, no del espíritu humano, que disimula las faltas de sus amigos y exagera las de los enemigos, sino del espíritu de Dios, que no exceptúa á ninguno. Estas faltas en las cuales vemos caer á los hijos del Patriarca, nos enseñan tambien que no vale nacer de padres virtuosos, vivir en una santa familia, recibir saludables consejos é instrucciones, tener á la vista buenos ejemplos, si el corazon no está penetrado del temor de Dios; ellas nos enseñan que es necesario operar nuestra salvacion con humildad, temblor y medio, porque, como dice San Agustin, no hay pecado cometido por un hombre que no pueda ser cometido por otro hombre, si el que ha hecho al uno y al otro no le sostiene con su gracia; ellas, en fin, vienen á ser para nosotros un poderoso motivo de desconfianza en la divina misericordia. El Hijo de Dios quiso contar entre sus antepasados á esta misma Tamar, para enseñarnos desde luego que vendria á este mundo, no para llamar á los justos, sino á los pecadores; no para condenarlos, sino para salvarlos y dar su vida por la redencion de todos. La miseria del hombre, la misericordia de Dios: hé aquí lo que nos presentan en todas partes los libros santos.

Mientras que Jacob lloraba como muerto á José, este era conducido á Egipto. Un oficial de Faraon, Putifár, príncipe del ejército, le compró á los ismaelitas. No tardó en apercibirse de que el Eterno estaba con José y que todo prosperaba en sus manos. Le tomó afecto, le unió á su persona, le dió autoridad sobre su casa y sobre todo lo que le pertenecia. Desde este momento, el Señor le bendijo más y más, así en casa como en el campo, y el egipcio abandonó todo lo que tenia en manos de José, de tal modo, que no entendia en cosa alguna sino en el pan que comia. Ahora bien: José era de rostro hermoso y de aspecto agraciado. Des-



pues de haber pasado muchos dias, puso su ama los ojos en él, y le solicitó á cometer pecado con ella; mas José, no consintiendo en esta accion detestable, respondió: «Bien sabes que mi amo no se cuida de nada conmigo en su casa; todo lo que tiene lo ha puesto en mi poder, no hay nadie aquí superior á mí, no hay nada que no haya entregado en mis manos, á excepcion de tí, que eres su mujer; ¿cómo, pues, puedo yo hacer esta maldad y pecar contra mi Dios?» Cada dia esta mujer malvada le solicitaba de nuevo; él, por el contrario, no queria ni aun encontrarse junto á ella. Un dia, en fin, que se ocupaba á solas en hacer alguna hacienda, ella le asió de la orla de su ropa, instándole á que accediese á sus malvados deseos; pero él, dejando la capa en su mano, huyó y salióse de la casa. Cuando esta mujer se vió así despreciada, entró en furor, llamó á los hombres de su casa, se quejó con ira de la insolencia del jóven hebreo, le atribuyó la villana proposicion que ella le habia hecho, y mostró la capa que habia dejado, segun ella dijo, cuando gritó pidiendo auxilio. En prueba de su fe, mostró igualmente á su marido, cuando regresó á su casa, la capa que habia retenido, diciéndole: «El esclavo hebreo que has traído, vino á mí para hacerme ultraje; pero habiéndome oído gritar, dejó su capa, que tengo, y ha huido.» Entonces el amo, muy crédulo á las palabras de su mujer, se encolerizó en gran manera, é hizo poner á José en la cárcel donde eran guardados los presos del rey. Pero aun allí fué el Señor con José, y apiadado de él, le dió gracia ante los ojos del alcaide de la cárcel, el cual puso en su mano todos los presos que estaban arrestados con él en la cárcel, y todo cuanto se hacia era por su orden; él nada entendia despues de haberlo fiado todo á José, porque el Señor estaba con él y dirigia todas sus obras (1).

Algun tiempo despues, dos principales oficiales de la córte, el jefe de los coperos y el principal de los panaderos del rey de Egipto, cayeron en la desgracia de su señor, y fueron enviados á la misma prision en que estaba José,

(1) Gén., 39.

el cual recibió órden de tener cuidado de ellos. Una mañana les halló muy tristes, y preguntándoles por qué su rostro no estaba tan alegre como otras veces, ellos respondieron que habian tenido cada uno un sueño, y no habia allí nadie para interpretarle. «¿Pues qué, no es cosa de Dios la interpretacion?» respondió José; contadme lo que habeis visto.» El copero mayor contó primero su sueño: «Veía delante de mí que una vid, en la cual habia tres sarmientos, crecia poco á poco en yemas, y que despues de estar en ciernes maduraban las uvas; y la copa de Faraon estaba en mi mano; tomé pues las uvas y las esprimí en la copa que tenia, y se la serví á Faraon.» José le respondió: «Hé aquí la interpretacion de tu sueño: Los tres sarmientos son aún tres dias, despues de los cuales Faraon se acordará de tu ministerio y te restituirá á tu antiguo rango; y le darás la copa segun tu oficio, como antes acostumbrabas á hacerlo. Solamente acuérdate de mí cuando tuvieres esta dicha, y haz conmigo misericordia, insinuando á Faraon que me saque de esta cárcel; porque he sido arrebatado por fraude de la tierra de los hebreos, é inocente, se me ha arrojado aquí en el calabozo.»

Viendo el jefe de los panaderos que la interpretacion era buena, dijo á su vez: «Yo tambien he visto un sueño, y que tenia tres canastillos de harina sobre mi cabeza; que en uno de los canastillos, que estaba más alto, llevaba yo de todos los manjares que se hacen por el arte de la panadería, y que las aves comian del canastillo.» José le respondió: «Hé aquí la interpretacion del sueño: Los tres canastillos, son aun tres dias, al cabo de los cuales quitará Faraon tu cabeza, y te colgará en una cruz, y las aves despedazarán tus carnes.»

Tres dias despues era el cumpleaños de Faraon, el cual, haciendo un gran convite á sus criados, se acordó en el banquete del jefe de los coperos y del principal de los panaderos. Restituyó al uno á su empleo para que le sirviese la copa, é hizo colgar al otro en una cruz, segun la interpretacion que José les habia dado; pero el copero mayor no se acordó más de



José, y acabó por olvidar enteramente á su intérprete (1).

Dos años despues, el rey de Egipto tuvo en una misma noche dos sueños, que debieron llamarle tanto más la atención, cuanto que los dos, en dos imágenes precisas y diferentes, parecían indicar el mismo sentido. Hizo venir al punto á todos los adivinos y sábios, pero ninguno pudo interpretar los sueños.

Entonces el copero mayor dijo al rey: «Me acuerdo hoy de mi falta. Faraon, irritado contra sus siervos, mandó nos encerrasen en la cárcel á mí y al jefe de los panaderos. Tuviémos los dos en la misma noche un sueño que presagiaba el porvenir. Había allí un jóven hebreo, siervo del mismo capitán de soldados, á quien contando los sueños, nos les interpretó, y todo lo que nos dijo sucedió en efecto como lo había interpretado; yo fui restablecido de mi cargo, y el otro fué colgado en una cruz.»

Al punto, por órden del rey, José fué sacado de la cárcel: le cortaron el pelo, se le hizo cambiar de vestido y se le presentaron á Faraon, que le dijo: «He visto unos sueños, y no hay quien me los explique. Mas he oído decir de tí que les descifras con mucha sabiduría.» José respondió: «Esto está muy lejos de mí; pero Dios responderá para bien de Faraon.» Contó, pues, el rey lo que había visto: «Me parecía estar á la ribera del río; y que del río subían siete vacas, hermosas en extremo y de gruesas carnes, las cuales despuntaban la yerba verde en el pasto de la laguna. Y hé aquí que á estas seguían otras siete vacas, tan feas y flacas, que nunca he visto otras tales en la tierra de Egipto, las cuales, habiendo devorado y consumido á las primeras, ninguna muestra dieron de hartura, sino que estaban entorpecidas con la flaqueza y tan horribles como antes. Entonces me desperté. Durmiéndome de nuevo, ví este sueño: Siete espigas brotaban en una sola caña, llenas y muy hermosas; en seguida salieron también de una caña otras siete, delgadas y picadas de tizon, las cuales se tragaron la lozanía de las primeras. Hé contado á los adivinos el sueño, y no hay quien me lo declare.»

(1) Gén., 40.

José respondió: «El sueño del rey no es más que uno. Dios anuncia á Faraon lo que ha de hacer. Hé aquí que vendrán en toda la tierra de Egipto siete años de una gran fertilidad, á los cuales sucederán otros siete años de una esterilidad tan grande, que será echada en olvido toda la abundancia pasada; porque el hombre ha de consumir toda la tierra. En cuanto á lo que el sueño representa á Faraon por dos veces, indicio es de que la palabra de Dios es cierta y que Dios la cumplirá cuanto antes. Ahora, pues, elija el rey un varón sabio é industrioso, y hágale gobernador de la tierra de Egipto, el cual ponga gobernadores en todas las regiones y les ordene recoger en graneros la quinta parte de los frutos de los siete años de fertilidad, que van luego á empezar. Encerrarán bajo el poder de Faraon todo el trigo de los buenos años, y le guardarán en las ciudades; esto será una provision para el hambre venidera de los siete años, que ha de oprimir á Egipto, y la tierra no será consumida por el hambre.»

Agradó este consejo á Faraon y á todos sus ministros, y les dijo: «¿Por ventura podremos hallar varón como este, que esté lleno del espíritu de Dios?» Dijo, pues, á José: «Puesto que Dios te ha manifestado todo lo que has hablado, no hay nadie tan sabio ni tan esclarecido como tú; tú serás sobre mi casa, y á la palabra de tu boca obedecerá todo el pueblo; solamente en el único sòlio del reino te precederé; hé aquí que te he constituido sobre toda la tierra de Egipto.» Al mismo tiempo tomó el anillo de su mano, y púsole en la mano de José, le vistió de una ropa de lino muy fino, le puso al rededor del cuello un collar de oro, y le hizo subir sobre la segunda carroza del reino, precedido de un pregonero, gritando: «que todos delante de él doblasen la rodilla.» Hé aquí cómo fué establecido sobre toda la tierra de Mizraim. El rey dijo además: «Yo soy Faraon, pero sin tí, ninguno moverá mano ó pié en toda la tierra de Egipto.» Por último, le cambió el nombre y le llamó en lengua egipciaca *Salvador del mundo*; segun otros, *Revelador de las cosas ocultas*, y le dió por mujer á Asenéth, hija de Putifare, sacerdote de On, que



los griegos llamaron Heliópolis ó ciudad del sol (1).

Los egipcios estaban divididos en muchas castas hereditarias: sacerdotes, guerreros, pastores, labradores y artesanos. Los sacerdotes formaban el primer cuerpo del Estado; nada notable podía hacerse sin ellos. Los más distinguidos rodeaban constantemente al rey para recordarle las leyes del reino y ayudarle con sus consejos; su influencia era tal, que un gran escritor ha dicho: «Los egipcios eran un pueblo de sacerdotes, no porque no se encontrasen allí otras castas reconocidas por su aislamiento, sino porque, entre ellos, todos tenían por principio al sacerdocio; en todas partes predominaba el espíritu y la influencia de los sacerdotes (2).» Hé aquí por qué Faraon dió por mujer á José la hija de uno de los más poderosos entre ellos. En esto se manifiesta además uno de los secretos caminos de la Providencia respecto á la salvación de las almas. En Egipto, los sacerdotes eran los doctores de la nación. José se puso en íntima relación con ellos; tuvo órden de Faraon de enseñar la sabiduría á los senadores del Egipto (3). ¿Quién puede dudar que, durante los ochenta años que el patriarca gobernó este país, no les enseñó la verdadera sabiduría sobre Dios y su culto? Cuando á esto se añaden las enseñanzas terribles que recibieron los egipcios bajo Moisés, la facilidad que tuvieron bajo Salomon de remontarse al origen de la verdad, facilidad más grande todavía en tiempo de los Ptolomeos por la versión griega de sus libros santos, no hay ningún obstáculo para decir que Dios no ha rehusado jamás al Egipto las luces necesarias, y que si él cayó en una vergonzosa idolatría, fué porque quiso.

José tenía treinta años cuando compareció en presencia del rey Faraon, y recorrió todas las provincias de Egipto. Vino la fertilidad de los siete años, y las mieses, reducidas en gavillas, fueron recogidas en los graneros de cada provincia. Fué tan grande la abundancia de trigo,

(1) Gén., 41.

(2) Fred. de Schegel, *Hist. de la Literat. ant. y mod.*, lección I.

(3) Ps. 104, 22.

que igualaba á la arena del mar y no se podía medir.

Antes que viniese el hambre, José tuvo dos hijos de su mujer Asenéth. Llamó al primogénito Manasés, que significa *olvido*, diciendo: «Dios me hace olvidar todas mis aficciones y toda la casa de mi padre.» Llamó al segundo Efraim, que significa *abundancia*, diciendo: «Dios me ha hecho fructificar en la tierra de mi destierro.»

Pasados los siete años de la abundancia que había habido en Egipto, comenzaron á venir los siete años de escasez que José había profetizado, y prevaleció el hambre por todo el mundo; pero en la tierra de Egipto había pan. No es que los egipcios dejasen de sentir la escasez, sino porque clamando el pueblo á Faraon pidiendo alimento, el rey les dijo á todos: «Id á José y haced lo que él os dijere.» José abrió entonces todos los graneros, y vendía el trigo á los egipcios; todas las provincias venían igualmente á Egipto á comprar alimentos (1); porque el hambre era grande en todas partes, entre otras en el país de Canaan, donde moraba Jacob.

Habiendo oído este patriarca que se vendía trigo en Egipto, envió á sus hijos á comprarlo, y no retuvo más que á Benjamin, su hijo menor, el único que le quedaba de Raquel; «porque, decía él, podría sucederle en el camino algún desastre.» Los otros, llegados á Egipto, fueron conducidos á presencia de José, que al punto los reconoció; pero ellos no le conocieron. Acordándose de los sueños que alguna vez había visto, les dijo: «Espías sois; habeis venido á reconocer lo ménos fuerte del país.» Sobre su excusa él insistió, pero respondieron: «No es así, señor; tus siervos somos doce hermanos, hijos de un solo hombre en la tierra de Canaan; el más pequeño está con nuestro padre, el otro no existe ya.» «Esto es lo mismo que he dicho, replicó José. Espías sois; mas yo voy ahora á probároslo. Por vida de Faraon, que no saldreis de aquí hasta que venga vuestro hermano el más pequeño. Enviad uno de vosotros y tráigalo. Entre tanto, vosotros que-

(1) Gén., 41.